

galo si no Horacio, es muchas veces la mano que pulsa la cuerda delicada y escondida.

Algunos críticos sostienen que Lafontaine escribió sus fábulas movido únicamente por el amor que sentía hacia los animales; pero parece más acertado sostener que, en naturalezas tan sensitivas como la suya y la de Pombo, puede más el deseo de explotar poéticamente los temas morales, que el propósito de moralizar.

En Pombo, sobre todo, en cuyas fábulas no se nota un amor tan vehemente por los animales, pudo tal vez más que otra cosa, la curiosidad de manosear la poesía didáctica. En efecto; cuando una obra procede de la razón, el poeta deja la primacía al pensador, al filósofo, al moralista, y ellos pintan a su manera la hermosura; y, sin embargo, aun en las mismas fábulas de Pombo, pueden encontrarse los conceptos de la vida que llenan sus demás escritos.

RAFAEL CAYCEDO RICAURTE

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

José María Restrepo Sáenz—NEIVA EN LA INDEPENDENCIA—Bogotá—1919—Casa editorial de «La Cruzada»—Avenida de la República—461—Pp. 175, 8.º mayor.

A los numerosos estudios históricos publicados en libros, revistas y periódicos, ha venido a juntar don José María Restrepo Sáenz, miembro de número de la Academia Nacional de Historia, hijo y amigo fiel del Colegio del Rosario, el docto e interesante opúsculo cuyo título encabeza estas líneas.

Distínguese como historiógrafo el señor Restrepo Sáenz por su escrupuloso amor a la verdad. Nunca da lo meramente probable como cierto; no suple con la

imaginación la falta de datos, ni se recuesta en la autoridad de los historiadores cuando ellos no aducen documentos auténticos. El lenguaje de nuestro amigo es terso y correcto; su estilo, parco y austero, al fin como de un biznieto de don José Manuel Restrepo. La labor de los que investigan nuestros patrios anales supone perspicacia, paciencia y asiduidad benedictinas; los de rigor para pescar sardinas con anzuelo en un mar alborotado; que no otra cosa son algunas de las colecciones y bibliotecas, varios de los archivos colombianos.

En el libro de que estamos tratando, resucitan personajes olvidados, como Nicolás Monsalve, oficial de los ejércitos patriotas, fusilado en Neiva; sobre otros próceres, de quienes a penas se conservaba el nombre, aparecen interesantes datos biográficos; y aun tratándose de hombres verdaderamente nacionales, como don Luis Caycedo y Flórez, don Miguel José Montalvo y don Rafael Cuervo, encuéntrase noticias antes ignoradas, se rectifican otras y se reducen ciertos hechos a sus límites verdaderos.

Los actuales beneméritos trabajadores están haciendo el oficio del rey David, que allegó las riquezas y los materiales para construir el Templo de Jerusalén. Ya llegará, a la hora oportuna, el historiador de Colombia, quien aprovechará todos los tesoros que le está reuniendo la generación actual.

José Joaquín Casas—CRÓNICAS DE ALDEA—Primera parte—Juan Casís—Carrera 6.ª, número 254, apartado número 13—Bogotá—(Colofón: *Laus Deo*—Se acabó de imprimir este libro el cuarto domingo de adviento de 1919)—193 páginas en 8.º menor.

Algunas notas bibliográficas necesitan ir precedidas de una presentación en regla:

—Señor Público: aquí tiene usted al joven sociólogo doctor Facundino Florido, natural de La Grita, autor del libro titulado *Anestesia de la emotividad demófila*.

—Doctor Florido: el respetable Público colombiano.

Hoy está de sobra todo eso. José Joaquín Casas es universalmente conocido dentro de la República y no ignorado fuera de ella, por los diversos méritos y calidades que lo acompañan y adornan. El político tendrá enemigos, no le faltarán adversarios al filósofo; pero el pedagogo, el prosista y orador, el poeta lírico, el caballero cristiano es dueño de general estima y simpatía.

Crónicas de aldea es una colección de ciento ochenta sonetos. Un juego a primera faz, para quien ignore la dificultad de un buen soneto; realmente, un esfuerzo prodigioso. A pesar de la uniformidad métrica, el libro no cansa, por lo vario de los asuntos y los tonos: empieza por el místico salmo a la Divinidad y el himno triunfal a las glorias de Colombia, y pasando por la expresión de limpios afectos de hogar y amistad, llega a la pintura de festivas escenas entre personajes montesinos y silvestres. Unas poesías parecen compuestas a los acordes del órgano sagrado; otras, al clangor de los clarines; éstas, para ser acompañadas del piano tocado por mano familiar; aquéllas, del tiple, degeneración indígena de la caballerescas guitarra española. Qué cuadros tan vívidos los que allí se encuentran, qué retratos en sólo cuatro pinceladas! Y la copia de vocabulario, y lo sutil del oído poético, y la riqueza de sintaxis y de rimas!

Tánta variedad de elementos subsisten en dos unidades: la de lugar, que es cualquiera de las aldeas de estas antiplanicies andinas, y la de propósito, consistente en glorificar la vida del campo y las antiguas costumbres, huidas de las ciudades y reinantes todavía en los *pueblos* pequeños y en las *estancias* apartadas.

Casas ha hecho en sus libros de versos tarea semejante a la de Pereda con sus obras en prosa. Y se parecen, entre muchos otros rasgos, en el arte con que bordan sobre la tela de oro del lenguaje clásico, con la seda de una elegante neología y de provincialismos

irreemplazables, y en formar una escuela naturalista, cristiana y casta, que trasciende a la alhucema en la casa y a tomillo fuera de ella.

Tienen también de común el que, panegiristas de los prados y los bosques, juraron irrevocable domicilio, uno en Santander y el otro en Bogotá. ¿Circunstancias más fuertes que su querer? ¿O la heroica resolución de hacer penitencia, llevando vida ciudadana?

Celebramos, por lo que toca a Casas, esta feliz inconsecuencia. Tornárase agricultor de Villasuta, y quedaría decapitado el Liceo de Pío X, vacío un sillón en cada una de las academias, huérfana la curul del Senado, privados los amigos del trato y compañía del amigo, despojadas las letras colombianas de muchas de sus alhajas más preciadas.

Buena cosa debe ser el campo, puesto que así lo afirman tantos poetas, desde Teócrito hasta Gutiérrez González. Pero Dios no quiere que todos los hombres seamos campesinos.

GEOGRAFÍA ELEMENTAL DE COLOMBIA—(Extracto del Compendio de Geografía de la República de Colombia, por *Angel M. Díaz Lemos*, antiguo Director de la Escuela Normal de Institutores de Antioquia, miembro honorario de la Sociedad Geográfica de Manchester y Corresponsal de la Real Sociedad Geográfica de Madrid y de la de Colombia. Séptima edición, corregida y aumentada con datos de actualidad y adoptada de texto en todas las Escuelas Primarias de Colombia—Obra premiada en la Exposición del Centenario de la Independencia de 1910—Tipografía Bedout—1920—Medellín—42 páginas en 16.º

Este libro ha merecido las siguientes honrosísimas recomendaciones, a las cuales nada tenemos que añadir:

Con mucho gusto hemos sabido que el notable Institutor católico, don Angel M. Díaz Lemos, va a publicar una nueva edición del «Extracto del Compendio de la Geografía de la República de Colombia» y apro-

vechamos la oportunidad para recomendar tan útil compendio.

Medellín, mayo 1.º de 1916.

✠ MANUEL JOSE, Arzobispo.

Panamá, enero 28 de 1917 *

Señor don Angel M. Díaz Lemos—Medellín.

Muy apreciado don Angel:

Continúa usted con las manifestaciones de su constante cariño, y la última es su acertada *Geografía Elemental de Colombia*, que me trajo el último correo.

Acertada no es una calificación cogida al acaso para redondear la cláusula.

Pienso que los libros no son buenos o malos por su volumen, sino por lo que enseñan y por la manera como enseñan. Pienso que han de ser proporcionados a su objeto, y calificaría de mala una Geografía de diez tomos escrita para las escuelas de primeras letras.

Escribir para los niños no es de todos los que saben bien una materia, y buenos autores hay que no han acertado a hacer un buen compendio de su obra.

Usted ha logrado dos cosas: escribir un texto bueno para las clases superiores, y otro no menos bueno para los pequeñuelos.

Deseo que sus obras se extiendan por todas las escuelas de Colombia.

De usted atento, seguro servidor,

MARIO VALENZUELA, S. J.

* Se publica esta carta con permiso del sabio y santo jesuita, autor de ella, quien ha educado ya tres generaciones en Colombia y a quien reconocemos una inmensa deuda de gratitud y amor y le tributamos la más profunda veneración.